

HABRÁS GANADO A TU HERMANO (Mt 18,15-20)

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: ¹⁵ «Si tu hermano llega a pecar, vete y repréndele, a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. ¹⁶ Si no te escucha, toma todavía contigo uno o dos, para que *todo asunto quede zanjado por la palabra de dos o tres testigos*. ¹⁷ Si les desoye a ellos, dilo a la comunidad. Y si hasta a la comunidad desoye, sea para ti como el gentil y el publicano. ¹⁸ «Yo les aseguro: todo lo que aten en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desaten en la tierra quedará desatado en el cielo. ¹⁹ Les aseguro también que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos. ²⁰ Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos».

De los cinco grandes discursos que Jesús hizo, uno de ellos se llama «el discurso eclesialístico» (cap. 18). Y lo que acabamos de leer-escuchar-rezar no es sino un breve fragmento del extenso discurso del Maestro. No está demás subrayar, entonces, que los destinatarios de este discurso fueron los discípulos del Señor. Para ser más precisos, fue la comunidad mateana, que en aquel momento crecía en número y en dificultades, como sucede en todas nuestras parroquias, grupos y comunidades religiosas. Así como la vida familiar no es fácil, mucho menos la vida comunitaria, ni qué decir de la vida en sociedad. No nacemos buenos, ni la sociedad nos corrompe, como decía el pedagogo y filósofo Jacques Rousseau. Nacemos – así afirma la doctrina cristiana – con el pecado original, aunque algunos disques ilustrados se rían de esta verdad más que verdadera. Vivir bien en familia, en comunidad y en sociedad no es solo un desafío, es un proceso. Necesitamos aprender los unos de los otros; los pequeños de los grandes y los grandes de los pequeños, los incultos de los cultos, y los cultos de los incultos, los obreros de los dirigentes y los dirigentes de los obreros, los pecadores de los santos y los santos de los pecadores. Este mismo proceso tuvo que pasar la comunidad mateana y lo tiene que aprender la más reciente parroquia. Lo aprendieron los primeros cristianos y lo tiene que aprender la última comunidad religiosa cristiana creada.

Las siguientes palabras del Maestro se refieren precisamente a esto, a construir una perfecta comunidad de personas o, en lenguaje cristiano, a construir el Pueblo de Dios. Pueblo que no se fortalece sino por medio de las correctas relaciones humanas. Solo los que viven de este modo entran «en el reino de Dios». Así como todo hombre es un animal social por naturaleza (*zoon politikon*, decía Aristóteles), todo bautizado no puede no vivir en comunidad (en *ekklesia*), lo dijo el Nazareno. Y para vivir en comunidad, para formar parte del pueblo de Dios, necesitas observar algunas reglas básicas. ¿Cuáles, Señor?

Reprende a tu hermano

Existen tres etapas para amonestar a tu hermano. Perdón, existen tres etapas para «ganar un nuevo hermano» (15b). Saltamos justamente lo más importante. Cuántos predicadores pasaremos el tiempo en plantear y replantear los modos útiles para amonestar cordialmente al otro. La primera comunidad cristiana no se dedicaba solamente a reprender al prójimo. Su finalidad principal miraba a «¡ganar un hermano!». ¡Imagínate si tu grupo parroquial, tu cofradía, tu comunidad, se esforzara solo en ganar hermanos o hermanas...!

Algunos códigos añaden una breve expresión a la frase inicial del Maestro: «Si tu hermano llega a pecar *contra ti...*» (15a), a lo que sigue: «repréndele a solas». Otros códigos, la mayoría, omiten la precisión. En el fondo, no interesa mucho este añadido. Estamos atentos, más bien a la novedad, con respecto a la tradición antigua (Lv 19,17). Y la novedad gira justamente alrededor del: «repréndelo a solas». Era frecuente, en aquella época en el pueblo judío, la amonestación pública, como se practica hoy en algunas comunidades. Amonestar en privado es una novedad doctrinal. Pero ¡qué difícil si deseas practicarlo! Tú necesitas valor y se necesita la apertura del otro. Y viceversa. En caso contrario, será imposible cualquier corrección. Y si es así, el silencio mudo es mucho más diplomático y casi siempre recomendable aún por algunos orientadores. «Es mejor callar, aconsejan hoy muchos psicólogos, para llevar la fiesta en paz». Pero si no te hace caso el otro – afirma, en cambio, el Carpintero de Nazaret – lleva testigos para hablarle a solas (16b). ¡Lo importante es hablar! Y si no quiere hablar, dile a la comunidad (17). Ante situaciones similares, ¿Cuántos de nosotros, cristianos de primera fila, pusimos en práctica este mandamiento? Difícil, verdad. Fue imposible en muchos casos. Y si lo hicimos, no pasamos de la primera fase... Así es. Seamos sinceros. Sin embargo, dos cosas puedes extraer hoy de la doctrina del Maestro que aparecen entre líneas, cuando no hay diálogo: evita la chismosería y esfuérzate por ganar otro hermano.

«El chismoso es un terrorista», dijo el Papa Francisco, precisamente a un auditorio repleto de discípulos del Señor. Es terrorista porque «lanza la bomba del chisme para destruir». Cuando no sabes enfrentar al hermano, cuando no sabes hablar con el otro en tu comunidad (*ekklesia*), se opta por lo más cómodo: lanzar las bombas del chisme. Y así destruyes por doquier. Hay quien se dedica a difamar y luego comulga píamente. ¡Atento! Existe una tremenda diferencia entre un pecado y otro. Por ejemplo, entre robar y difamar (chismear). El robo queda entre el ladrón y el damnificado. En cambio, el chisme tiene vida propia. Camina solo, sin control y jamás sabrás hasta donde llegará. Por eso, se trata de un pecado muy serio. En lugar de difamar, habla con el otro, acércate, y ¡gánate un hermano!» (15b). Es mejor tener siempre un hermano junto a ti, pues el día en que lo necesites habrá alguien que te acoja en su casa (Lc 16,9).

Lo que aten en la tierra...

Ya oímos esta frase no hace mucho y en un contexto bastante similar. Forma un paralelismo, dirían los especialistas, con las palabras que el Maestro dijo a Pedro: «A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos» (16,19). Y este domingo, en el texto, encontramos las palabras que Jesús dijo a sus discípulos: «Yo les aseguro: todo lo que aten en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desaten en la tierra quedará desatado en el cielo» (18). Aquella vez, Pedro obtuvo el poder de atar y de desatar. Ahora, es la comunidad quien recibe el poder de atar y desatar. ¡Impresionante! No solo Pedro y su vicario tienen el poder de perdonar; la comunidad, los discípulos del Maestro, poseemos también este mismo poder para perdonar. Quien peca ofende al hermano y, ofendiendo al hermano, ofende la comunidad. Esta es otra novedad de la doctrina del Maestro. No eres un bautizado aislado y autónomo, formas parte de una comunidad (*ekklesia*). Tu relación con Dios no se realiza por medio de un canal completamente privado, pasa a través de una comunidad («Padre nuestro...», rezamos todos los días). Por eso, en esta comunidad de bautizados, los teólogos dirán después, comunidad sacerdotal, cualquier pecado implica también a la comunidad. Tenemos que

aprender esta nueva doctrina. La comunidad es parte activa en el perdón. Una vez absueltos los pecados del pecador, la comunidad debería también absolverlo mediante el trato humano personal. Y viceversa. No se puede tratar mal a quien el Señor ya ha perdonado, y viceversa. Si no entras en la lógica del Maestro, en la lógica del perdón, a pesar de ser un bautizado, a pesar de ser un cristiano y a pesar de participar de los sacramentos y de la Eucaristía, no eres más que un «gentil o un pagano» (17b), lo ha dicho Rabboní. Y si seguimos en esta lógica, entendemos el resto, o sea, la última afirmación del Señor. Es decir, la oración de dos es mucho más potente que la oración solitaria (19-20).